

Al margen

T IENE unos sobrados años para saber de la caducidad del renombre —no hablemos ya de gloria— de tal o cual artista, la operancia de su acción o su firma, mas entiendo que una sociedad cuyos miembros asumen lo cultural como uno de los derechos inalienables debiera esta exigencia aliarla con la memoria, conservar siquiera conciencia de los pasos que condujeron a determinados —gratificantes y aplaudidos— logros. Que en la presente etapa que se quiere auroral, fundacional incluso, y por el aquel de la fijeza del "scripta manent" se afana en canonizar un pasado, saludable fuera aceptar las cosas según ocurrieron y no elegir unos datos y callarse otros.

Volvia yo por esos cerros en momento poco propicio a tales cogitaciones cual era la misa exequial por el compañero Angel Marsá, querido amigo desde mi entrada en «La Vanguardia» —bastante más de medio siglo atrás— cuyo joven secretario de redacción era él entonces. Dán-doles vuelta, no por que el templo presentase demasiados claros, no los había, sino por la palpable ausencia de muchos de los que participaron en las batallas de la cultura promovidas o sostenidas por Marsá, de tantos que siguieron trochas por él abiertas en el periodismo escrito y oral, la crítica literaria, la promoción de las artes plásticas, en lo que va de la militancia en las vanguardias —suyo fuera el manifiesto vibracionista con Borradas— a la cátedra.

Sin ánimo de pasar lista, en el piadoso acto no eran tropel los ex jóvenes pintores aupados por Marsá en los cinco años de sus Ciclos experimentales de la chica galería El Jardín, o los regiamiento acogidos en aquellos premios Condado de San Jorge, origen próximo de las Bienales Hispano-americanas (otro decisivo eslabón que suele silenciarse), y los lanzados en el aperturista de Montcada, el efímero de Badalona y tantos más. Ni, por supuesto, la legión de quienes esperaban su espadarazo crítico desde «El Correo Catalán», o los galeristas que con ello contaban. Igual digo de editores y escritores, como compañeros en tantos jurados, comenzando por el muy exigente de la crítica. Aindamás en lo tocante a corremeros de la galera periodística, en cuya Asociación (hoy Colegio) ostentaba, con Maluenda y Martínez Tomás, la más que sexagenaria veterania. Sí, ahí dan; porque desde hace algún lustro nuestro profesor y batallero Marsá ya no dispensaba ejecutorias ni enderezaba entuertos. Leteo abajo...

MASOLIVER

Días de varia luz

La vida en sus notas de misterio

Extraña novela de deliberada convencionalidad argumental, en la que subyace el enigma de las reacciones humanas cuando se trata de sobrevivir en la ilusión de la felicidad

Francesca Duranti
"Final feliz"
Traducción de María José Jaular
207 páginas
Ediciones Versal
Barcelona 1988

A finales de 1984 apareció la novela "La casa del lago de la luna", de la autora italiana Francesca Duranti, absolutamente desconocida para los lectores de este país. La información editorial señalaba escuetamente que Duranti, nacida en Génova, pertenecía a una antigua familia de la ciudad pero había crecido en Turin y se había licenciado en Derecho por la universidad de Pisa. Actualmente, casada y con dos hijos, reside entre Milán y Gattaiola, en la campiña de Lucca, y había publicado hasta entonces dos novelas, "La bambina" (1976) y "Piazza mia bella piazza" (1978).

Resulta interesante conocer algunos datos, siquiera esquemáticos, de un escritor del que se carece de otras referencias directas. El caso es que al cabo de un tiempo leí "La casa del lago de la luna", y me sedujo desde las primeras páginas. No se trataba de una gran novela redonda, contenía ciertas irregularidades de ritmo y se producía algún que otro bache, pero la historia de las extrañas relaciones del germanista Fabrizio con la fantasmagórica María transpiraba esa cualidad literaria indescriptible, eminentemente sensitiva para el lector, que es la autenticidad. Si ocurría que a lo largo de la lectura se daba algún instante de fractura, como si de repente la autora se dejase llevar aguas abajo por la propia inercia del relato, al llegar a la última parte del libro, cuando Fabrizio se instala en la casa de Petra Ebner, la obra cobraba inusitado impulso, se hacía brillante, daba un salto espectacular y se rendía a un final decisivo e inesperado.

En el planteamiento y desarrollo de la novela destacaba con fuerza persuasiva un elemento que quedó impreso en mi retina de lector: la sibilina capacidad de crear una atmósfera de otredad, más concretamente de extrañamiento, sin recurrir a elementales subterfugios de intriga. Algo siniestro, enfermizo, incluso irritante, que en los personajes de Duranti formaba parte de su naturaleza. El componente oscuro e irracional de la personalidad humana que, en ocasiones determina los comportamientos. Admito que a partir de ahí, la obra de la escritora genovesa despertó mi curiosidad. En aquel momento me propuse conseguir y leer los dos primeros títulos de su bibliografía. Luego —y lo lamento— no lo hice.

Hubo otro motivo para acen-tuar mi interés. Francesca Duranti pertenece al grupo de escritores italianos que se dieron a conocer entre finales de los sesenta y los setenta, de modo que se sitúan entre los Bassani, Moravia, Sciascia, Satta, Manganelli, Bufalino, Morelli, Arbasino, etc., y la más reciente y desigual hornada de los Pazzi, Del Giudice, Tabucchi... Unos y otros han sido traducidos en los últimos años, pero por razones que ignoro se ha producido un salto que no nos permite calibrar el valor de esa hipotética generación intermedia a la que, por lo menos en teoría, se adscribe Francesca Duranti.

Pintura de grupo

De regreso a Francesca Duranti, precisamente acaba de ser editada aquí su última novela, "Final feliz" ("Lieto fine", 1987). Y de nuevo tras la lectura, abrigo la impresión de hallarme ante una obra de carácter un tanto extraño. ¿Cuál puede ser el origen de esa provocación a la sensibilidad del lector? Me temo que para explicarlo tendré que entrar en la descripción de los rasgos esenciales de la trama.

En el parque de una extensa propiedad de Lucca hay tres mansiones que pertenecen a la familia Santini: la Villa Grande, ocupada por la matriarca Violante; la Villa Pequeña habitada por Leopoldo, hijo menor de Violante, y por su rica esposa norteamericana, Cynthia; y la Limonera que fue reformada por el primogénito, Filippo, y desde la muerte por accidente de éste a poco de casarse, su viuda, Lavinia, ha mantenido cerrada. Por último, en el extremo del parque y encaramada sobre un promontorio, se encuentra la torre Arnolfina, propiedad de Aldo, un antiguo falsificador de cuadros y actualmente reputado estudioso de arte, viejo amigo de la familia.

Este es el escenario del relato. El tiempo, los inicios de un verano. Las voces narradoras, Aldo en primera persona a manera de observador y uno de los protagonistas, alterna los capítulos con la tercera persona a cargo de la propia autora. Donde no alcanza el catalaje y la mirada directa de Aldo, llegan los atributos de Duranti. Un dueto solista para un conjunto de cámara. En efecto: aprovechando el intervalo estival, en la posesión de los Santini se reúne toda la familia, incluida la voluble Lavinia que decide reabrir la Limonera e instalarse en ella, a la espera de que su hijo Nicola regrese de la universidad norteamericana donde cursa estudios. Entre tanto

Violante, la abuela y eje de la cohesión familiar, pese a conservar intactas las fuerzas dispone lo necesario para nombrar sucesora.

¿Quién será elegida continuadora de Violante? ¿Lavinia, la neurótica viuda de existencia inestable que se desplaza de amante en amante, todos conflictivos, a su vez amada en silencio por Aldo y siempre acogida a la protección de su suegra? ¿Tal vez Cynthia, la nuera millonaria en dólares que contribuyó a salvar la fábrica de la familia pero quien nunca ha consumado el matrimonio con Leopoldo? Cada miembro del grupo viscontiniano arrastra su pequeña tragedia, sus celos, sus frialdades, desprecios e indiferencias, mientras se reúnen puntualmente en torno a la mesa burguesa de Villa Grande o al borde de la piscina y se erigen en figuras de un cuadro de armonía y felicidad. No obstante, sabemos de la angustiosa falsedad de esa moderna pintura de época por las cáusticas observaciones de Aldo, el refinado "parvenu", y por el ojo incisivo de Duranti.

Surge inesperadamente un personaje atrabiliario que en principio no estaba invitado a tomar parte en la representación. El jovencísimo Marco es un amigo de Nicola, a quien éste invitó a visitarle en la finca coincidiendo con su estancia allí. Pero Nicola ha retrasado la vuelta y no está para recibirle. Nadie conoce la identidad de Marco, con su petate al hombro, su desaliño de trotamundos y su parquedad de palabra. Sin embargo, Marco se queda. Marco podría ser el extraño elemento —cuña, cuya irrupción en el coto familiar distorsionara la fragilidad del equilibrio entre sus miembros. Todo lo contrario. Es rápidamente aceptado con inexplicable calidez y Lavinia y Cynthia se disputan su tutela. Las dos mujeres se impregnan de la inquietante ambigüedad del muchacho y esa ambigüedad enfermiza actúa sobre ellas a manera de revulsivo. En el fondo, la aparición de Marco, mezcla de demonio con espíritu de ángel, desplaza hacia su persona el centro de gravedad de la novela.

Cuando a los pocos días Marcos decide proseguir su camino y Aldo se encarga de trasladarle a Poveromo, la situación en el núcleo de los Santini ha dado un brusco giro radical. Violante ha decidido que sea Cynthia su sucesora y ésta, reconciliada con Leopoldo, tendrá el hijo anhelado y durante años rechazado por el hecho de tener que engendrarlo mediante el contacto carnal. Lavinia abrirá los ojos al amor de Aldo, y



Francesca Duranti

en él intuirá por primera vez la estabilidad de su futuro. Violante podrá mirar sin recelo la llegada del próximo invierno, que se anuncia muy suave. Nicola habrá recuperado a su etérea madre y sabrá que la Limonera es su verdadero hogar. Final feliz. Duranti concluye por boca de Aldo: "Después se vera".

Poética de lo hermético

Detesto levantar el velo de una narración y aguar las expectativas de los que desean explorar por su cuenta el trazado de la historia. En este caso era indispensable hacerlo. Porque a primera vista el relato es abrumadoramente convencional. Casi un cuento de la condesa de Ségur. Pero si bien es verdad que en ciertos parajes Duranti bordea las fronteras del más desecarado convencionalismo, en el fondo no se trata de un cuento de hadas sino de una fábula. Una fábula amorosa. Veamos. Marco se deja seducir por Lavinia, la madre de su amigo, y ésta, inmediatamente después de la llamarada amorosa, reflexiona por primera vez con lucidez acerca de la baja de su desamparo. En el caso de Cynthia, ante la visión del cuerpo joven de Marco, el instinto maternal es sepultado por la ternura y el deseo de mujer, y ella y Leopoldo se entregan a la voluptuosidad en la misma cama donde yace Marco, centro de atracción y encuentro. Duranti habría podido explayarse en el porqué las cosas ocurren de manera que poco tienen que ver con la lógica. Pero no comete semejante error. Y los espacios en blanco salvan la novela.

Así, de nuevo el misterio se alza como auténtico protagonista del

relato. Hay en él algún componente no visible que inquieta e irrita. Uno sabe desde el principio, por el mismo título del libro, que más allá de la hora pánica el objetivo es un final feliz. Pero, ¿cómo es posible que esas criaturas vivas, que la propia Duranti crea en la existencia de la felicidad última y no se sientan ruborizados por el clamor de la falsedad? Tanto convencionalismo no puede ser sino deliberado. De modo que es preciso dar con la respuesta adecuada. Y ésta, según creo, es que Francesca Duranti realiza a propósito la impenetrabilidad del alma humana en los límites últimos, la intraducible cartomancia de la vida, el misterio que en lucha con la razón, cuando se trata de escapar de la infelicidad, es capaz de concebir paraísos artificiales e imponerse el deber de creer en la condición natural de la tregua. La poética de lo hermético que se convierte en el verdadero asunto de la novela. Lo que Jean Genet llamaba "la meditación de las vísceras".

No creo que "Final feliz" sea la obra más lograda de Francesca Duranti. Quizás prefiera la sórdida y exasperante morbosidad de "La casa del lago de la luna". Pero es una de esas novelas que no se olvidan fácilmente porque en definitiva, cuando el acto de leer queda atrás y la memoria filtra lo leído, uno advierte que del texto no sobrevive tanto la historia cuanto los impulsos secretos que dieron lugar a esa historia y subyacen en ella. En la calculada desnudez verbal de Duranti suenan notas metafísicas que retumban en ámbitos subterráneos y llegan a ensordecer. Nada es, pues, gratuito. Ningún final feliz es inocente.

ROBERT SALADRIGAS

Letras sobre las letras

Cunde el ejemplo de la Mercuri

Tras la campaña de la ministra de Cultura y conocida actriz para que el museo Británico devuelva a Grecia los frisos del Partenón que saqueara el embajador lord Elgin, el Gobierno turco ha presentado querrela contra el Metropolitan Museum de Nueva York exigiendo la devolución de 249 piezas de oro y de plata procedentes de una necrópolis lidia, de la época del rey Cresos, y exportadas ilegalmente de Turquía va para veinte años. Parejas de las que se conservan en el museo de Ankara, pues unas y otras proceden de las inmediaciones de Ushak y son datables en torno al 650 antes de Cristo, la publicación de alguna de tales piezas en el boletín del Metropolitan ha dado pie a la demanda. El Metropolitan alega haberlas comprado legalmente (a través de cierto John Klejman, según parece, aunque lo seguro es que quien a éste las vendió las ha-



Melina Mercuri

bía exportado burlando la ley), pero la verdad es que durante tres lustros —desde que la prensa especuló sobre la compra del tesoro— el museo disimuló la cosa bajo el título de tesoros grecorromanos. Los tribunales neoyorkinos tienen tela para rato. Los de Roma, en cambio, han sido tajantes ante un

caso análogo, pero de mucha menor entidad. Dos tapicerías del XVI robadas en Riom, la antigua capital de los duques de Auvernia, y aparecidas en casa de un anticuario italiano son reclamadas en vano por el Estado francés. Porque el tribunal romano, ateniéndose a la convención de la Unesco sobre el tráfico de obras de arte entiendo que quien de buena fe adquiere una obra procedente del extranjero, provenga o no de robo, no tiene por qué restituirla. Lo único seguro, en uno y otro caso, es que darán lugar a abundante y crispada literatura.

El centauro de Alpotreque

Mucho y bueno se ha escrito en esta piel de toro sobre la caza mayor, desde el códice navarro del rey Sancho el Sabio o, siglos después, el "Tratado de cetrería" de nuestro Enrique de Villena, y pasando por Argote de Molina y

Martínez de Espinar, o ya en nuestro tiempo el duque de Almazán, el conde de Yebe —con el célebre ensayo prologado que a su "Veinte años de caza mayor" le puso Ortega Gasset— o Jaime de Foxá. Pero acaso quien más hizo por difundir ese rey de los deportes fuera Antonio Covarsi, quien en los años de tránsito de siglo lo hizo popular con sus libros "Las grandes cacerías españolas", "Trozos venatorios", "Entre jaras y breñales", etcétera. Con su pizca de truculencia épica también, así en la descripción de su suerte favorita: la ronda, que en Extremadura es la busca nocturna del jabalí, a caballo, con perros y sin más arma que un buen cuchillo.

Al cumplirse cien años del nacimiento de su hijo, el gran pintor extremeño Adelardo, y a éste dedicar un muy ilustrado libro el paciente Lebrato Fuentes (lo edita la Caja de Badajoz), cobran actualidad las escenas de montería que salieron de sus pinceles, y en particular "El montero de Alpotreque" que le valiera, hace cuarenta

años, primera medalla en la Nacional de Bellas Artes. Es decir, el retrato de su padre don Antonio, con su perfil de águila y el venado a los pies, tras la jornada cinegética. De familia originaria del Maestrazgo turolense, e hijo de un coronel carlista que le adiestró en la caza mayor, el zaragozano Antonio Covarsi recorrió media España en razón de los destinos del militar, hasta que en 1866 recaló en Badajoz como ayudante del presidio castrense. Desde entonces, salvo un periodo de destierro en Portugal —donde fue compañero de montería de Carlos I de Braganza— y del confinamiento en Seo de Urgel, nuestro Covarsi fue perenne estampa del centauro, cazando todo el día en su dehesa de Alpotreque, la Mancha del Madroñal, las sierras de Monsalud o de San Pedro, en Sierra Morena también: el infatigable montero de los pagos extremeños que últimamente han cantado sus paisanos Antonio Cuéllar, en "Estampas de caza mayor", o "Un montero genial", de Enrique Segura.

No sólo modelitos

Tres nuevas revistas en Moscú, al comenzar el año y bajo títulos significativos del ten con ten de la presente apertura: "La Familia", "El Veterano" y "Nuestro legado". Esta última, bimestral y con tirada de 200.000 ejemplares, por ahora, se propone airear los problemas de la herencia cultural y su influjo sobre la marcha de la sociedad, subrayando de paso el papel de la cultura en la presente reestructuración del país. La edita el Fondo de la Cultura, organismo en cuya dirección figura Raissa, la esposa del jefe del Kremlin, así como en la nueva revista. Independientemente de la reconocida personalidad intelectual de la señora Gorbachov, su función en la nueva revista y el mencionado Fondo no puede extrañar a quienes conocimos el precedente de la hija de Kosyguin, otra intelectual de altura, que hasta fecha muy reciente fue directora de la espléndida Biblioteca estatal de Literatura extranjera, en Moscú.